

temporáneo que se simboliza en la “racionalidad tecnológica”, la alienación, la guerra, el deterioro del ambiente, etcétera.

A este relato Lyotard asocia las ideas de Napoleón respecto a la función formadora de cuadros profesionales para el desarrollo nacional y el progreso de la humanidad, función que asimilaba la educación superior y la institución universitaria a las finalidades estatales —modelo napoleónico de universidad.

- b) *El relato especulativo*, la otra versión, más filosófica, que Lyotard asocia al modelo humboldtiano de universidad —universidad alemana de los siglos XIX y XX—; según la cual, la búsqueda de la verdad por su valor ético; la práctica de la ciencia como instrumento de la formación espiritual y moral.

La ciencia ha de conseguir el triple propósito que Fichte formulaba como “una aspiración triplemente unitaria”: la de derivarlo todo de un principio original, a la que responde la actividad científica; la de referirlo todo a un ideal que gobierna la práctica ética; y la de reunir ese principio y este ideal en una única “idea”, según la cual se asegura que la búsqueda de causas verdaderas en la ciencia no puede dejar de coincidir con la persecución de fines justos en la vida moral y política.

En el modelo alemán, la educación básica es “funcional”, se concibe como difusora del saber científico; y la universidad es “especulativa”, “filosófica”. La ciencia positiva y el pueblo sólo son formas brutas, pues el verdadero saber es “filosófico”, está en la universidad especulativa.

En la sociedad posindustrial y la cultura posmoderna, el gran relato ha perdido su credibilidad, tanto en su versión de relato especulativo como en la de relato emancipador:

Se puede ver en esa decadencia de los relatos un efecto del auge de técnicas y tecnologías [...] que ha puesto el acento sobre los medios de la acción más que sobre sus fines. O bien el redespigüe del capitalismo liberal avanzado [...] que ha revalorizado el disfrute individual de bienes y servicios.<sup>24</sup>

Es claro que se trata de un desencanto respecto a lo que las “filosofías de la historia” podían ofrecer como “promesa para el futuro” o del “sujeto trascendente” que representaba la figura del hombre ilustrado. Este desencanto da lugar al pesimismo relacionado con las ideas del fin de la historia, de la circularidad del tiempo, etcétera, y por tanto, a la colocación de las expectativas de felicidad, de realización, de emancipación, en el interior del propio individuo, en la inmediatez de un “continuo presente”, o en el disfrute posible del instante —hedonismo y sensualismo contemporáneos.

Lyotard plantea que si exigimos a los enunciados científicos, tal como lo hace el relato especulativo, formar parte de un saber universal, de una “razón absoluta” y universal que se despliega en el mundo a través de los enunciados científicos particulares; para, después de eso, cobrar conciencia de que dichos enunciados no son otra cosa que expresiones del espíritu absoluto y, por tanto, que no tienen en sí su existencia sino que “tienen su ser en otro”, entraremos en contradicción con el positivismo y el pragmatismo modernos que no reconocen un saber en ese sentido; un saber situado en un proceso universal de generación.

La alternativa de hacer que el discurso legitimador se atenga a las mismas reglas del juego que el discurso legitimado no hace más que enfrentarnos a la frustración de reconocer que eso es imposible. Lyotard recuerda aquí a Nietzsche, quien afirma que el nihilismo moderno europeo nace del hecho de la imposibilidad de aplicar la misma exigencia que se aplica al conocimiento científico, a la exigencia de “verdad” —en el sentido de denotatividad, de descripción, de “positividad”. Se puede pedir a la ciencia que sea “verdadera”, pero no se puede pedir a la pregunta epistemológica que sea “verdadera” a su vez.

La posibilidad de atenernos al relato emancipador, según el cual la legitimación vendría del hecho de la “justicia” de la verdad científica y su poder liberador y emancipador, enfrenta inmediatamente el problema de pretender fundar la legitimidad de los enunciados denotativos en enunciados prescriptivos.

Nada demuestra que si un enunciado que describe una realidad es verdadero, el enunciado prescriptivo, que tendrá necesariamente por efecto modificarla, sea justo.

Esta "falta", este germen de autodeslegitimación es el que devela Wittgenstein. Y a partir de sus planteamientos la posmodernidad ha completado el trabajo de la deslegitimación del proyecto ético-político-educativo de la modernidad.

La cultura posmoderna no buscará más legitimidad en los "grandes relatos":

La nostalgia del relato perdido ha desaparecido por sí misma para la mayoría de la gente. De lo que no se sigue que estén entregados a la barbarie. Lo que se los impide es saber que la legitimación no puede venir de otra parte que de su práctica lingüística y de su interacción comunicacional. Ante cualquier otra creencia, la ciencia que se ríe para sus adentros les ha enseñado la ruda sobriedad del realismo.<sup>25</sup>

Los nuevos referentes respecto a las reglas con las que ha de jugarse el saber científico —y todo saber— son el consenso y la eficacia práctica: su performatividad. De este modo se ha echado a andar una nueva manera de llevar a cabo el debate y la producción de ideas científicas:

A causa de todo esto, la cuestión de la legitimación del saber se plantea de otro modo. Cuando se declara que un enunciado de carácter denotativo es verdadero, se presupone que el sistema axiomático en el cual es decidible y demostrable ha sido formulado, es conocido por los interlocutores y aceptado por ellos como tan formalmente satisfactorio como sea posible.<sup>26</sup>

"La administración de la prueba", que en principio no es más que una parte de la argumentación en sí misma destinada a obtener el asentimiento de los destinatarios del mensaje, pasa así a estar bajo el control de otro juego de lenguaje donde lo que se ventila no es la verdad, sino la performatividad, es decir, la mejor relación *input/output*.

El Estado y/o la empresa abandonan el relato de legitimación idealista o humanista para justificar el nuevo objetivo. En la discusión de los socios capitalistas de hoy en día, el único objetivo creíble es el poder. No se compran *savants*, técnicos y aparatos para saber la verdad, sino para incrementar el poder. La performatividad del saber no remite ya ni a la denotación ni a la prescripción, sino exclusivamente

a la aplicación. La posibilidad de aplicación determina la verdad y la justicia de un enunciado, es un saber para el poder:

Así adquiere forma la legitimación por el poder [...] La performatividad de un enunciado, sea este denotativo o prescriptivo, se incrementa en proporción a las informaciones de las que se dispone al respecto de su referente. El incremento del poder, y su auto legitimación, pasa ahora por la producción, la memorización, la accesibilidad y la operacionabilidad de las informaciones.<sup>27</sup>

### Modernidad y posmodernidad: la institución universitaria

Como hemos señalado, la visión científico-técnica del mundo y su relación con el proyecto emancipatorio era central en el proyecto ético-político-educativo de la modernidad. En él, la cultura occidental aparecía como el colofón de un proceso de cambio mundial iniciado en la Grecia clásica. El proyecto moderno nos hablaba de que desde esa época el conocimiento se acumulaba, perfeccionaba y depuraba continuamente, y constantemente incrementaba también su capacidad como instrumento de transformación social y humana. El trabajo de los científicos modernos y contemporáneos recuperaría y desarrollaría las ideas que ya entonces se habían enunciado, aunque de manera imperfecta.

Sin embargo, es necesario precisar que aún cuando el desarrollo de la humanidad hubiera sido producto de un único proceso continuo y homogéneo, la ciencia griega no es la ciencia moderna; y por lo general también son diferentes sus objetos de estudio, sus métodos, sus propósitos en la investigación, y los usos del conocimiento que produce. Ciencia y técnica no formaban, en Grecia, la indisoluble pareja que estamos acostumbrados a ver hoy día.

La figura del filósofo griego no es la del científico o el profesional de la actualidad, ni la del gran héroe de la emancipación que, según Lyotard, fue el sujeto racional de la modernidad. El filósofo era un "sabio" que indagaba en el tema de las causa-principio, de la *arkhe* de los fenómenos, para satisfacer las inquietudes del espíritu y la contemplación; un sujeto que no tenía nada que ver con el mundo del trabajo o la política.

En el medievo, la figura del filósofo es sustituida por la del teólogo o “doctor”, el especialista en la interpretación de las sagradas escrituras y en su aplicación a los problemas de la realidad; una figura que es recuperada de la tradición hebrea anterior a la existencia del catolicismo. El doctor es el sabio que genera la opinión docta y, con ella, crea doctrina. Al igual que en la Grecia clásica, esta élite intelectual no tiene una relación directa con el mundo del trabajo; ni con una intención de transformar, dominar o aprovechar a la naturaleza para satisfacer las necesidades humanas; ni con un proyecto libertario o de realización humana. En el medievo también observamos un divorcio entre este “saber superior” y el saber relacionado con el mundo del trabajo o del ejercicio del poder político; pero a diferencia de la antigüedad griega, la formación de estos sabios sí tiene lugar en instituciones educativas, y dentro de un proceso sistematizado de adquisición del conocimiento. El propósito de quienes asistían a esa escuela era formarse para el debate teológico y para el ejercicio de cargos eclesiales. Solamente con el nacimiento de la institución universitaria desligada de la jerarquía eclesial en el siglo XII, esta situación comenzaría a cambiar.

La realización de las Cruzadas, la recuperación de la cultura de Oriente y de la Grecia clásica en el Renacimiento después y, por último, el descubrimiento de América, sacudieron profundamente a los europeos cultos y los obligaron a cambiar sus concepciones. Para el siglo XVIII, todo el conocimiento de la élite cultural y, en general, todo el conjunto de los saberes y concepciones filosóficas, religiosas, políticas, éticas, geográficas, astronómicas y tecnológicas entró en crisis. Igualmente entraron en crisis los usos y costumbres del sentido común, y acabó por imponerse la convicción de que el mundo no observa un “orden necesario e inmutable”, sino que está en continuo desarrollo y que no depende sino de sí mismo en lo relativo al modo y a la naturaleza de sus cambios.

¿De dónde vinieron las nuevas ideas? ¿Quiénes fueron los sujetos sociales agentes de esa transformación en la visión del mundo? Las Cruzadas primero y los viajes comerciales, significaron la posibilidad de un contacto de los europeos con las ideas de los antiguos griegos, pero también de todas las culturas del antiguo oriente —próximo y lejano— y de las culturas indígenas de América. Las culturas árabe,

israelita, china, japonesa, hindú, azteca, inca, etcétera, fueron revaloradas y sus ideas difundidas. Los intelectuales católicos se apropiaron de los antiguos conocimientos de esas culturas, al mismo tiempo que los comerciantes y colonizadores se apropiaban de las riquezas materiales de esos lugares.

Las ideas recuperadas y las desarrolladas a partir del contacto con aquellas culturas se discutieron y difundieron sobre todo entre ciertos círculos de intelectuales, conformados por miembros de las órdenes monásticas menos favorecidas en la jerarquía eclesial, o por monjes “rebeldes” y “contestatarios” de la doctrina dominante. Estos grupos de intelectuales crearon corporaciones, sociedades y agrupaciones que, bajo la protección, ora de los monarcas ora de la propia iglesia, fueron dando lugar a una nueva institución social: la universidad.

En el marco de lo que autores como Henri Pirenne llaman Alta Edad Media —siglos XII y XIII—, se creó en Europa una gran cantidad de corporaciones,<sup>28</sup> de agrupaciones de artesanos y mercaderes, con la finalidad de ejercer un monopolio sobre la actividad que practicaban. Una de esas corporaciones era la que reclamaba el monopolio sobre la actividad docente; sobre la actividad de transmitir, argumentar y discutir los conocimientos de teología, filosofía, retórica, medicina griega —israelita, árabe o china—, derecho canónico; derecho romano, fue la corporación universitaria.

Aun siendo un producto medieval, la institución universitaria encarnaba el espíritu de cambio modernizador. Inspirados en el humanismo renacentista, quienes formaban la institución universitaria se proponían ante todo “ser hombres nuevos”. No se trataba de abandonar las sagradas escrituras en beneficio de otra confesión, se trataba de recuperar una sabiduría, un conocimiento que la Iglesia había desterrado a Oriente con los cristianos heréticos y con los infieles. Los intelectuales europeos del siglo XII recurrieron a Virgilio y a Platón, a Aristóteles, Euclides, Ptolomeo, Hipócrates, Galeno y a muchos otros, porque en ellos encontraron los fundamentos para una revaloración de lo humano como importante. Mientras los universitarios se apropiaban de la cultura romana, griega, árabe, etcétera, y sobre esa base construían el espíritu que caracterizaría a la modernidad en el fu-

En el medievo, la figura del filósofo es sustituida por la del teólogo o “doctor”, el especialista en la interpretación de las sagradas escrituras y en su aplicación a los problemas de la realidad; una figura que es recuperada de la tradición hebrea anterior a la existencia del catolicismo. El doctor es el sabio que genera la opinión docta y, con ella, crea doctrina. Al igual que en la Grecia clásica, esta élite intelectual no tiene una relación directa con el mundo del trabajo; ni con una intención de transformar, dominar o aprovechar a la naturaleza para satisfacer las necesidades humanas; ni con un proyecto libertario o de realización humana. En el medievo también observamos un divorcio entre este “saber superior” y el saber relacionado con el mundo del trabajo o del ejercicio del poder político; pero a diferencia de la antigüedad griega, la formación de estos sabios sí tiene lugar en instituciones educativas, y dentro de un proceso sistematizado de adquisición del conocimiento. El propósito de quienes asistían a esa escuela era formarse para el debate teológico y para el ejercicio de cargos eclesiales. Solamente con el nacimiento de la institución universitaria desligada de la jerarquía eclesial en el siglo XII, esta situación comenzaría a cambiar.

La realización de las Cruzadas, la recuperación de la cultura de Oriente y de la Grecia clásica en el Renacimiento después y, por último, el descubrimiento de América, sacudieron profundamente a los europeos cultos y los obligaron a cambiar sus concepciones. Para el siglo XVIII, todo el conocimiento de la élite cultural y, en general, todo el conjunto de los saberes y concepciones filosóficas, religiosas, políticas, éticas, geográficas, astronómicas y tecnológicas entró en crisis. Igualmente entraron en crisis los usos y costumbres del sentido común, y acabó por imponerse la convicción de que el mundo no observa un “orden necesario e inmutable”, sino que está en continuo desarrollo y que no depende sino de sí mismo en lo relativo al modo y a la naturaleza de sus cambios.

¿De dónde vinieron las nuevas ideas? ¿Quiénes fueron los sujetos sociales agentes de esa transformación en la visión del mundo? Las Cruzadas primero y los viajes comerciales, significaron la posibilidad de un contacto de los europeos con las ideas de los antiguos griegos, pero también de todas las culturas del antiguo oriente —próximo y lejano— y de las culturas indígenas de América. Las culturas árabe,

israelita, china, japonesa, hindú, azteca, inca, etcétera, fueron revaloradas y sus ideas difundidas. Los intelectuales católicos se apropiaron de los antiguos conocimientos de esas culturas, al mismo tiempo que los comerciantes y colonizadores se apropiaban de las riquezas materiales de esos lugares.

Las ideas recuperadas y las desarrolladas a partir del contacto con aquellas culturas se discutieron y difundieron sobre todo entre ciertos círculos de intelectuales, conformados por miembros de las órdenes monásticas menos favorecidas en la jerarquía eclesial, o por monjes “rebeldes” y “contestatarios” de la doctrina dominante. Estos grupos de intelectuales crearon corporaciones, sociedades y agrupaciones que, bajo la protección, ora de los monarcas ora de la propia iglesia, fueron dando lugar a una nueva institución social: la universidad.

En el marco de lo que autores como Henri Pirenne llaman Alta Edad Media —siglos XII y XIII—, se creó en Europa una gran cantidad de corporaciones,<sup>28</sup> de agrupaciones de artesanos y mercaderes, con la finalidad de ejercer un monopolio sobre la actividad que practicaban. Una de esas corporaciones era la que reclamaba el monopolio sobre la actividad docente; sobre la actividad de transmitir, argumentar y discutir los conocimientos de teología, filosofía, retórica, medicina griega —israelita, árabe o china—, derecho canónico; derecho romano, fue la corporación universitaria.

Aun siendo un producto medieval, la institución universitaria encarnaba el espíritu de cambio modernizador. Inspirados en el humanismo renacentista, quienes formaban la institución universitaria se proponían ante todo “ser hombres nuevos”. No se trataba de abandonar las sagradas escrituras en beneficio de otra confesión, se trataba de recuperar una sabiduría, un conocimiento que la Iglesia había desterrado a Oriente con los cristianos heréticos y con los infieles. Los intelectuales europeos del siglo XII recurrieron a Virgilio y a Platón, a Aristóteles, Euclides, Ptolomeo, Hipócrates, Galeno y a muchos otros, porque en ellos encontraron los fundamentos para una revaloración de lo humano como importante. Mientras los universitarios se apropiaban de la cultura romana, griega, árabe, etcétera, y sobre esa base construían el espíritu que caracterizaría a la modernidad en el fu-

turo, los monjes y clérigos más tradicionalistas reivindicaban el acercamiento al misticismo oriental hinduista, judío, etcétera.

Si seguimos a Rothblatt y Wittrock,<sup>29</sup> podemos afirmar que la universidad es una de las instituciones sociales más antiguas de la sociedad moderna. Su historia se remonta al siglo XI. A lo largo de su historia ha sufrido transformaciones como institución social, pues no tuvo una forma única de organización desde su nacimiento, ni sus funciones fueron siempre las mismas. Hasta el siglo XVIII, las instituciones universitarias se componían de cinco "facultades" o grupos de enseñanza y estudio, colocados en orden creciente de importancia: artes, medicina, jurisprudencia, filosofía y teología. Esta última era la más importante.

Desde el siglo XVI, época de la conformación de la nueva sociedad, la filosofía comenzó a cobrar mayor importancia y a desplazar a la teología como el saber fundamental. En esa época se constituyeron las áreas de conocimiento conocidas como "filosofía natural", lo que introdujo al currículum universitario los problemas del mundo físico, químico y biológico; y, en consecuencia, se crearon las bases para la aparición de escuelas de ingeniería y estudios técnicos, como independientes de la institución universitaria.

El siglo XIX renueva la institución universitaria de muy diversas formas. Por un lado, la teología es desplazada definitivamente por la filosofía como saber fundamental y superior; y, por otro, se crean las facultades de ciencias políticas y económicas y, finalmente, las artes mecánicas se incorporan a los estudios universitarios: se integran en las facultades de Ingeniería, Arquitectura y diversas tecnologías. Surgen luego las facultades en las que se desarrollan estudios de antropología, sociología, lingüística y psicología.

Progresivamente, y a partir de los lazos establecidos con la pujante industria moderna, se impulsan las áreas de formación técnica, las ciencias aplicadas y los estudios sociales; colocando a los claustros ocupados del estudio de lo social en un lugar crecientemente más importante que el de aquéllos dedicados a las humanidades y las artes.

Por otra parte, en muchos lugares, la institución se convierte en una dependencia gubernamental, lo que introduce profundos cambios en ella.

lejanos— y de las culturas indígenas de América. Las culturas árabe

Alfonso Borrero Cabal,<sup>30</sup> director del V Seminario General sobre la Universidad 1990-1992, recoge la interpretación de Francisco J. Vocos, para distinguir seis etapas en el desarrollo de la institución universitaria, a lo largo de su historia:

1. *La universidad "escuela de sabiduría"*. Es la institución filosófico-teológica medieval que intentaba contraponer nuevas ideas a la concepción teocéntrica del mundo según la cual todo lo existente es obra de la voluntad divina; y como resultado reivindicó la importancia del hombre y de lo humano, aunque sin desligarse de la iglesia como institución, ni de su credo.
2. *La universidad "filosófica"*. Etapa del desarrollo de la institución universitaria en la que se desliga de las concepciones teológicas y busca nuevos esquemas de interpretación con espíritu renacentista y modernizador.
3. *La universidad "científica o epistemocéntrica"*. Institución universitaria que se centra en el debate sobre el conocimiento, sus fuentes y sus métodos; es producto de la revolución científica técnica y del propósito de poner la ciencia al servicio de la dominación de la naturaleza. Hasta aquí, según Vocos, se ha conservado como función principal de la actividad intelectual la adquisición de la verdad.
4. *La universidad "profesional"*. Para Borrero, aquí se inicia una caída en el perfil de la institución, en la medida en que abandona el terreno filosófico y de búsqueda del enriquecimiento del espíritu, para orientarse en un sentido "tecnocéntrico". Se asume, como función de la universidad, preparar sujetos capaces de aplicar el conocimiento más que debatirlo o generarlo. Con esto se entra en la órbita de la búsqueda del poder y se abandona la del saber. En adelante, la institución universitaria no se ocupará de la búsqueda de la verdad, sino de la formación de habilidades para la incorporación al trabajo.
5. *La universidad "burocrática-política"*. Ya en la esfera del poder y concebida como agencia profesionalizadora, la institución universitaria se politiza y se burocratiza, en el sentido de que tiende a generar una administración y una estructura académica.

mica, ya no en función de las disciplinas teóricas y los campos de conocimiento, sino atendiendo a las demandas de educación y de aplicación del conocimiento.

6. *La universidad "revolucionaria y reformista"*. La nueva orientación en la formación universitaria hace inevitable que cada vez más estudiantes y maestros se propongan como metas, la adquisición del saber y sus posibilidades de aplicación, y al mismo tiempo la transformación de la sociedad, se generan así múltiples formas de participación y militancia política en su interior.

De acuerdo con este resumen, podemos establecer lazos muy claros entre el desarrollo del industrialismo, la maquinización de los procesos productivos en el siglo XIX y el desarrollo de las ciencias y la institución universitaria. No obstante, diferimos con él respecto de las particularidades de su interpretación en las últimas dos etapas; sobre todo en la sexta, que no reflejan de manera correcta, desde nuestro punto de vista, el modo como el compromiso social y la militancia se incorporan a la vida universitaria.

Efectivamente, a partir del siglo XIX, la ciencia, concentrada para su transmisión y desarrollo en las instituciones universitarias, se convirtió en una fuerza productiva que hizo surgir la figura del profesional; éste se situó desde entonces como el sujeto social especializado en la comprensión científica del mundo y en su aplicación, como tecnología, a los procesos productivos.

Las máquinas son precisamente el vehículo de una nueva relación entre los intelectuales y el mundo del trabajo, y representan al mismo tiempo tanto el nivel más alto de la narrativa de la sociedad educada, como su punto de retroceso; en tanto que comienza a destacarse el papel económico, y no ético o político, del conocimiento. La figura del profesional ya no es la del revolucionario ilustrado.

En su mayoría egresados de las universidades e incorporados en sociedades científicas como *The Royal Society* en Londres, los inventores de las máquinas son los nuevos intelectuales del siglo XIX. Armados de una concepción experimental e interesados en demostrar prácticamente, mediante la construcción de aparatos, sus principios

teóricos, buscan generar soluciones a los problemas técnicos de la producción en masa que los cambios demandan.

Alvin Gouldner<sup>31</sup> abona esta idea de que los profesionales modernos no manifiestan ya el compromiso de transformación social y humana de la modernidad; él presenta al profesional moderno como la "intelligentia técnica" de la sociedad, que posee un nuevo poder: el del conocimiento, frente al poder de la vieja clase burguesa, el dinerario.

Talcott Parsons,<sup>32</sup> sostiene que la sociedad contemporánea es una sociedad meritocrática; una sociedad en la que los valores fundamentales que la rigen tienen que ver con la difusión de la escolaridad y con el logro de metas académicas. Ha considerado a las profesiones como el mayor nivel de logro educativo a que puede aspirar un individuo en la sociedad moderna y, por tanto, como un valor social importantísimo.

La obtención de un certificado profesional es la meta que debe estar en la cabeza de cualquier ser humano en la modernidad. Al alcanzarla, se obtendrán también el prestigio social, el acceso a los servicios, los ingresos económicos, el poder de decisión, etcétera. Para Parsons la educación y el conocimiento son instrumentos de competitividad entre los individuos y herramientas de cohesión social, no los factores de un proyecto de transformación humana y social.

#### **La educación superior en México: de la escolástica al neoliberalismo**

Veamos el caso de México, que ilustra claramente este tránsito de la escolástica —el proyecto de educación superior medieval— al neoliberalismo. Hasta mediados del siglo XIX, la educación superior mexicana respondió a la orientación que le imponía el hecho de ser una copia del funcionamiento de las universidades españolas; pero, a partir de entonces asume como fundamento el pensamiento liberal. Esta orientación se mantiene, en parte, en la actualidad, aunque con diferentes matices: liberalismo clásico; liberalismo teñido de ilustración y positivismo; liberalismo teñido de cristianismo o socialismo; liberalismo del Estado benefactor y neoliberalismo.

A lo largo de los 100 años que van de la década de los setenta del siglo XIX a ese mismo periodo en el siglo XX, estuvo vigente, con to-